

I

El relato de los narradores

Se dice que los libros cuentan historias, pero esto no es totalmente cierto. La gente cuenta historias y las pone por escrito en libros. Los libros recogen estas historias y las hacen accesibles a los lectores. En este sentido, son un medio de comunicación para una audiencia más amplia. La comunicación resulta más fácil cuando el autor y los destinatarios forman parte de un mismo trasfondo cultural y de una misma época; entonces resulta más comprensible oír la historia que se cuenta oralmente. En este caso, la responsabilidad recae sobre el narrador, pues ha de contarla con aquellas palabras e ideas que son comprensibles para su audiencia.

Pero los libros también conservan las historias, haciendo posible que las generaciones posteriores de lectores no sólo se encuentren con una historia de un tiempo pasado, sino también con aquellos que una vez la contaron y la oyeron. En este caso, el medio de comunicación es más complejo. Ahora es el lector, no el narrador, quien carga con el peso, con la responsabilidad. Para comprender la historia o el relato, el lector tiene que habérselas con los cambios culturales, lingüísticos e ideológicos que se han producido con el paso del tiempo. Se trata de un proceso de traducción de un tiempo a otro, de una cultura a otra, con el objetivo de oír el relato que una vez se contó. En este momento intervienen dos historias o relatos. La conservación y la historia posterior del libro tiene su propio relato, aparte del que se encuentra en sus páginas, y el lector debe hacer frente también a este segundo relato que es la historia del libro. La lectura de cualquier relato del pasado debe respetar los diferentes niveles de historia y relato, de *entonces* y de *ahora*, que la componen.

Este libro trata del relato de los orígenes y el desarrollo del movimiento cristiano tal como fue contado por quienes lo experimentaron. Tuvo lugar aproximadamente hace unos dos mil años y abarca una extensión de varios siglos. Surge de la historia de Israel y el pueblo judío, pero se entrecruza con la historia de Grecia y Roma. El relato, al menos en su versión mejor conocida, se nos conserva en el libro que los cristianos llamamos la Biblia, y más específicamente el Nuevo Testamento cuando nos referimos a su segunda parte. Existen también cuatro fuentes, pero no las conocemos tan bien; las pondremos de relieve en nuestro estudio cuando empiecen a reflejar el proceso de la narración y re-narración del relato.

Los lectores contemporáneos del Nuevo Testamento pueden pasarlo mal al darse cuenta de que se trata de una obra antigua. Puede leerse en inglés y en otras lenguas, y existen numerosas traducciones «modernas» que tratan de hacerlo más inteligible a una audiencia actual. Pero la totalidad del Nuevo Testamento se escribió originalmente en griego, concretamente en la forma popular que frecuentemente se denomina *koiné* (es decir, «común»), que era la típica de la época helenista. Los cristianos lo recopilaron durante un período de tiempo, lo copiaron y volvieron a copiar y lo transmitieron a lo largo de los siglos. En la tradición ortodoxa griega se mantuvo en griego bizantino; en la tradición católica romana se tradujo al latín; y también se hicieron otras traducciones, como la copta, la siríaca, la etiópica, la armenia y la eslava. La traducción al inglés se realizó mucho después y, al igual que la alemana, sólo llegó a utilizarse ampliamente como consecuencia de la Reforma protestante.

Además, cuando nos encontramos con el Nuevo Testamento en inglés, o en español, podemos percibirlo en primer lugar como un solo libro que nos descubre la historia de Jesús, el fundador del cristianismo, y la vida de sus primeros discípulos. Comienza exactamente con el nacimiento de Jesús y prosigue con su vida y muerte, tal como lo encontramos en los evangelios. Después viene la historia de la Iglesia primitiva, tal como nos cuenta el libro de los Hechos, seguida por varias cartas escritas, según parece, por el mismo grupo de personajes –Pedro, Juan, Pablo– que aparecen en los evangelios y Hechos como discípulos de Jesús. Sin embargo, al leer el texto con más atención nos damos cuenta en seguida de que no se trata de una única historia; de hecho, nos encontramos con cuatro relatos diferentes de la vida de Jesús –los evangelios de Mateo, Mar-

cos, Lucas y Juan—. Tampoco se trata de un solo libro; el Nuevo Testamento es una colección de libros y una colección de relatos. Se parece más a una biblioteca, a una antigua biblioteca que fue creada con el objetivo de conservar estos relatos por y para las generaciones posteriores de lectores. Dado el carácter más complejo y antiguo de sus contenidos, ¿cómo hemos de proceder para leer, de forma competente, el Nuevo Testamento?

En primer lugar, dada su heterogeneidad, no puede leerse como una novela, es decir, directamente desde el principio hasta el final. Las diversas obras presentan diferentes géneros literarios: biografías, historias, novelas, cartas, sermones, apocalipsis, catecismos y manuales de disciplina. Fueron escritas en diferentes momentos y por autores diferentes; en consecuencia, no nos encontramos con un relato cohesionado. Aun cuando todas se escribieron en griego, el lenguaje, el tono y el estilo son notablemente diferentes de un autor a otro, al igual que ocurre en cualquier biblioteca. Por consiguiente, la colección debe leerse principalmente según el carácter de cada una de sus obras. Los puntos de conexión, comparación y contraste vendrán posteriormente, una vez que hayamos comprendido algo sobre el origen de cada obra, a saber, dónde, cuándo y por qué se escribió.

En segundo lugar, en este proceso es fundamental conocer algo sobre el autor y sus destinatarios. En algunos casos, saber quién la escribió y quiénes fueron los destinatarios puede ayudarnos a comprender el cuándo y el porqué. Y a la inversa. Descubrir el momento en el que se compuso una obra, a partir de su forma interna y su vocabulario, puede ayudarnos a descubrir muchos más datos sobre el autor y los destinatarios, especialmente cuando no poseemos estas informaciones, pero también incluso en el caso de que las poseamos. El carácter de la literatura antigua nos exige abordar todas estas cuestiones para encontrar el sentido de lo que se nos cuenta en «el relato». Con otras palabras, tenemos que utilizar los instrumentos de la historia para leer el relato, aun cuando el relato se refiera a una historia o *forme* parte de la historia.

En tercer lugar, puesto que se trata de una biblioteca y no de un solo libro, hemos de pensar en la forma en que deberíamos «catalogar» sus contenidos. Por una parte, podríamos agrupar los escritos según su género —la biografía en un estante, las cartas en otro y los apocalipsis en la última fila—. Luego, podemos agruparlos según el

autor. Con toda seguridad, este tipo de organización facilitaría ciertos análisis y comparaciones literarias. En efecto, éste es el modo en que se presenta el Nuevo Testamento. Sin embargo, esta organización puede suscitar algunos problemas si no somos conscientes de las diferencias de fecha y lugar que existen entre los documentos. Un listado de tipo cronológico produce una diferente perspectiva sobre los escritos y cómo se relacionan entre sí las diversas partes del relato.

Por consiguiente, en nuestra obra intentaremos estudiar los diversos escritos del Nuevo Testamento y otras obras de la literatura cristiana primitiva siguiendo un proceso más o menos cronológico, desde los más antiguos hasta los posteriores. Así, uno de los aspectos que analizaremos en cada paso será la razón por la que ubicamos un libro determinado en un momento concreto, abordando también los otros acontecimientos o escritos de la misma época. Por ejemplo, aunque los evangelios aparecen en primer lugar en el Nuevo Testamento, no fueron los primeros documentos que se escribieron. La posición que ocupan procede del hecho de que presentan la vida de Jesús, pero, como veremos, se escribieron en una fecha considerablemente posterior. El más antiguo se escribió unos cuarenta años después, mientras que el último se redactó casi un siglo después de los acontecimientos. Por tanto, el modo en que cada evangelio cuenta su historia de Jesús puede reflejar más las influencias y preocupaciones que proceden de la época del autor y sus destinatarios que las propias de la época del mismo Jesús.

Éste es uno de los principales problemas con el que nos enfrentamos. No tenemos ningún documento de la época de Jesús. Él nunca escribió nada, ni tampoco poseemos ningún relato contemporáneo de su vida o su muerte. No existen registros de corte, crónicas oficiales o datos de prensa que puedan suministrarnos una información de primera mano. Tampoco hay testigos oculares cuyas informaciones se mantuvieran sin barniz alguno. Aun cuando puedan contener fuentes o tradiciones orales más antiguas, todos los evangelios proceden de una época más tardía. Es una tarea importante discernir qué material es antiguo y cuál es posterior. De hecho, los documentos más antiguos que se conservan son las cartas auténticas de Pablo. Se escribieron unos veinte o treinta años después de la muerte de Jesús. Sin embargo, Pablo no fue un discípulo de Jesús; tampoco afirma en ningún lugar que hubiera visto a Jesús durante su ministerio. Además, estas cartas no se escribieron para unas per-

sonas que vivieran en la patria de Jesús o que hubieran escuchado algunas noticias sobre él de su misma época, sino que sus destinatarios eran nuevos conversos que vivían en regiones distantes del Imperio romano, en la zona occidental de Turquía, Grecia e incluso la misma Roma. Aunque constituyen la versión más antigua del relato, no obstante, se encuentran distanciadas temporal y culturalmente del mundo de Jesús. Sin embargo, reflejan claramente alguna información sobre su vida basada en los relatos que circulaban oralmente sobre él. Constituyen únicamente una porción del relato más extenso, y, sin embargo, cada una cuenta su propio relato o historia.

Un enfoque generacional

El Nuevo Testamento conserva varios de estos relatos individuales. Representan los diversos estratos de un material procedente de más de un siglo de movimiento cristiano. Por tanto, es altamente valioso en cuanto información histórica, puesto que preserva el relato que fue cambiando conforme se contaba a varias generaciones. Por esta razón, adoptaremos un enfoque generacional sobre los escritos y el desarrollo histórico del movimiento cristiano primitivo. Ahora, la «biblioteca» comienza a parecerse a una excavación arqueológica, pues profundizamos a través de los niveles o estratos para encontrar las valiosas pepitas de la información o los fragmentos que están enterrados. Hemos de estudiar los depósitos de los datos más antiguos y los más recientes y analizar el modo en que pueden relacionarse entre sí.

Podemos pensar que una generación dura más o menos unos cuarenta años, que es el modo tradicional en que la computaban las antiguas genealogías. El mundo en que nació Jesús es, en este sentido, la «generación previa» a partir de la que emergería el movimiento de Jesús. Posteriormente nos encontramos con su ministerio y su muerte. Estudiaremos la historia, la cultura y la religión de este período en la parte primera de nuestro libro, titulada «El mundo del Nuevo Testamento».

En la segunda parte abordaremos la primera generación. Ésta se extiende desde la muerte de Jesús, ca. 30 d.C., hasta la primera revuelta judía contra Roma en el año 70 d.C. (para una mayor información sobre las fechas y la cronología, véase la última sección de este capítulo). En esta parte estudiaremos las pruebas históricas del

ministerio y la muerte de Jesús, la fundación de su movimiento y las primeras tradiciones orales, y, también, el ministerio de Pablo. Los elementos clave de este período son los orígenes sectarios del movimiento dentro del judaísmo y sus primeras expresiones en los horizontes culturales judíos y griegos.

La segunda generación se extiende desde el año 70 hasta casi el 110 d.C. En ella encontramos los cambios que acontecieron en el seno del movimiento de Jesús y fuera de él como consecuencia del fracaso de la revuelta judía y la destrucción del templo. Estos «dolores del parto y nuevos horizontes» se estudiarán en la tercera parte. Los evangelios más antiguos conjuntamente con algunas cartas pertenecen a este período, como es el caso del libro del Apocalipsis. Durante esta época se acrecentaron las tensiones entre la secta de Jesús y los otros judíos, y comenzaron a emerger las nuevas cuestiones sobre la autodefinición, especialmente a la luz del creciente contacto con la sociedad grecorromana. Las diferentes versiones del relato reflejan estos cambios en el horizonte social.

Varios escritos del Nuevo Testamento pertenecen a la tercera generación, que se extiende desde el año 110 hasta el 150 d.C. En este período comenzamos a ver cómo el movimiento rompe con sus raíces judías y se transforma en una iglesia institucional independiente o, lo que llamaríamos de forma más apropiada, «cristianismo». También observamos cómo aparecen otros escritos importantes de la generación postapostólica, las obras de los denominados Padres Apostólicos, en donde el liderazgo en la iglesia y las relaciones con el Estado romano se convierten en objeto de especial estudio. El otro factor que adquiere un mayor protagonismo en este período es la diversidad regional del movimiento cristiano.

Durante la cuarta generación, que se extiende desde el año 150 hasta el 190, el movimiento cristiano adquiere su mayoría de edad social e intelectual en el ámbito del mundo romano. Ya se habían escrito todos los documentos que finalmente formarían el Nuevo Testamento, pero aún no existía un Nuevo Testamento como tal colección. En efecto, nos encontramos con otros escritos que habían surgido durante la segunda y, especialmente, la tercera generación, que afirmaban proceder de Jesús o de los apóstoles. A la luz de la extendida diversidad regional del cristianismo en este período, surgió la cuestión de cuáles eran auténticos y autoritativos y cuáles había que leer. Fue esta cuarta generación la que protagonizó los primeros

esfuerzos por configurar el canon del Nuevo Testamento, produciendo, en consecuencia, «el libro». Por consiguiente, el Nuevo Testamento constituye la fuente principal para estudiar el desarrollo del cristianismo primitivo, pero también es el producto de ese desarrollo, es decir, también forma parte del relato.

Escuchar a los narradores

Además del modo y el tiempo en que se produjeron estos escritos, hemos de estudiar lo que les estaba ocurriendo a quienes los escribieron y los leyeron. Ellos constituyen la parte de la vida real de este relato; ellos son los narradores. Por consiguiente, será de gran importancia conocer lo que pensaban y decían sobre Jesús, sobre su propia experiencia y, en algunos casos, sobre lo que pensaban y decían unos de otros. Después de todo, se trata de un relato totalmente humano.

Al igual que con los mismos documentos, también cabría esperar que acontecieran algunos cambios y que éstos quedaran reflejados en los escritos. Por ejemplo, los primeros discípulos de Jesús eran todos judíos, al igual que el mismo Jesús. El movimiento de Jesús fue inicialmente una secta dentro del judaísmo, una de las muchas que entonces existían. En consecuencia, para comprender la vida y la muerte de Jesús, lo que realmente ocurrió y su razón, hemos de partir de las condiciones políticas y sociales de la patria de Jesús. Progresivamente, el movimiento de Jesús comenzó a separarse de sus raíces judías hasta que finalmente se convirtió en una religión independiente dentro del mundo romano. Aproximadamente a finales de la segunda generación se había convertido en un movimiento formado en su mayor parte por conversos que no eran judíos. Por tanto, surgieron nuevos horizontes sociales y culturales que llegaron a formar parte de su interpretación del relato. ¿Por qué ocurrió esto? ¿Cómo afectó a quienes se encontraban en medio de este cambio decisivo? ¿Llegaron a ser conscientes de lo mucho que habían cambiado? Una de las partes más dramáticas del relato es el cambio de relaciones que se produjo entre el movimiento de Jesús y su religión madre, el judaísmo.

Como ya hemos dicho, el Nuevo Testamento no es un relato continuado, como una novela o una biografía; no es un único relato. Tampoco existe un único narrador, ni tampoco se cuenta una única historia. Más bien, comenzamos a advertir que los dinamis-

mos del movimiento de Jesús, e incluso sus texturas y cambios complejos, se reflejan en sus relatos. Son muchas las historias y las voces que se oyen.

Pueden verse algunos trazos humanos básicos en la experiencia de los primeros seguidores del movimiento de Jesús que contaron y recountaron el relato por primera vez. En cuanto judío del siglo I que sufría el imponente poder del gobierno romano, puede verse a Jesús como un narrador de un relato, o una visión, si así lo deseamos, de cómo se estaba desarrollando el plan de Dios sobre Israel. Pero ¿era un agitador apocalíptico o un crítico de la sociedad? Incluso en su época había diferentes opiniones. Sin embargo, la historia cambió cuando fue ejecutado por los romanos. La historia ya no era solamente la que él contó, sino lo que se contaba sobre él y lo que significaba. Algunos comenzaron a preguntarse: ¿Cómo? ¿Por qué? ¿También a mí? ¿Por nosotros? Incluso entonces, las reacciones reverberaron a través de siglos de experiencia judía, recurriéndose lógicamente a las Escrituras judías, especialmente a los salmos. El lenguaje que fundamentaba sus relatos procedía de un cúmulo de cánticos, símbolos y expresiones engarzadas mediante la memoria cultural: «Junto a los canales de Babilonia, nos sentamos a llorar...», «El Señor es mi pastor...», «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me ha abandonado?» (Salmos 137,1; 23,1; 22,1). La tradición y la experiencia se comunicaron mediante la narración.

El medio de la narración era predominantemente oral, especialmente en los primeros momentos del movimiento de Jesús. Ésta puede ser la razón por la que no poseemos ningún escrito de Jesús o de cualquiera de sus seguidores durante un período de al menos veinte años. Los relatos se transmitieron inicialmente de boca a boca. Incluso cuando se pusieron por escrito la primera vez, el modo de expresión era esencialmente de carácter oral. Las cartas y los libros antiguos estaban hechos para leerse en voz alta, como para escuchar la voz directa del escritor. Los tipos de escritura reflejaban estas diferentes formas o contextos de expresión. La detección de estas diferencias puede ser muy importante para comprender tanto lo que se decía como sus razones. Por tanto, la ubicación social y los horizontes culturales del narrador y los destinatarios constituyen claves importantes para comprender el sentido de los textos.

Al cambiar la ubicación social, también cambian las formas de expresión y las resonancias sociales. Jesús y sus primeros seguidores

hablaban arameo, la lengua semítica común en el Oriente Medio de aquella época. El hebreo, la lengua en que estaban escritas la mayor parte de sus escrituras, no se conocía desde hacía tiempo y ya no se hablaba, con la excepción de unos pocos. Pero, aparte de los escasos destellos del arameo, la lengua de la mayoría de los primeros cristianos, como también de muchos otros judíos, era fundamentalmente el griego. El griego era la lengua principal de la administración y la vida civil romana en la parte oriental del Imperio, especialmente en las grandes ciudades, como Alejandría, Antioquía y Éfeso. Todos los documentos del Nuevo Testamento y la mayor parte de la literatura cristiana primitiva se escribieron en griego. Ciertamente, la gente podía recurrir aún a las Escrituras judías, puesto que se habían traducido al griego, pero, incluso así, se produjo un notable cambio en el panorama cultural que podía verse perfectamente. ¿Qué diferencia implicaba que Pablo evocara las máximas estoicas conjuntamente con las tradiciones judías o que en Hechos se contara la predicación de Pablo entre los filósofos griegos en el ágora ateniense? ¿Qué diferencia se produjo cuando los relatos de Pedro y Pablo llegaron finalmente a Roma?

Por tanto, otro elemento que afectó al modo en que se contaron los relatos fue la extensión del movimiento de Jesús en las diversas partes del mundo romano. Ello produjo nuevas trayectorias literarias, pues las antiguas formas del relato se volvieron a contar en situaciones nuevas. En ocasiones, podemos incluso rastrear los caminos de la extensión siguiendo la pista a estas trayectorias literarias. Al mismo tiempo, volver a contar el relato a nuevos destinatarios produjo inevitablemente otros cambios al infiltrarse en la narración elementos de la cultura local o de los dialectos nativos. Aunque el gobierno romano facilitaba viajar a grandes distancias, las comunidades cristianas de algunas localidades se desarrollaron con un notable aislamiento de otras comunidades. En consecuencia, la diversidad en el cristianismo fue incrementándose. Surgieron nuevas voces: Clemente, Ignacio, Tomás, Hermas, Marción y otros más. Conforme pasaba el tiempo, la diversidad se iba convirtiendo en todo un problema cuando, al menos, algunos cristianos se dieron cuenta de que no estaban contando la misma historia. Entonces, comenzaron a plantearse nuevas cuestiones; a saber, el carácter de las escrituras, las fuentes de la autoridad y la estructura o forma del canon. Incluso entonces, intentaban contar la historia o el relato. Y nosotros, por nuestra parte, intentamos contar la suya.

Una observación sobre las fechas y la cronología

Aunque nos centremos en los dos primeros siglos de nuestra era, es necesario echar una mirada a una extensión más amplia de tiempo con el objetivo de comprender el trasfondo histórico del mundo grecorromano y del judaísmo antiguo. Por el otro extremo, también hemos de indagar en las antiguas fuentes cristianas posteriores al Nuevo Testamento e incluso en algunas posteriores al año 200 d.C. Eusebio, el historiador de la Iglesia y obispo de Cesarea, que escribió a principios del siglo IV (ca. 310-324 d.C.), constituye una fuente importante para nuestro trabajo, puesto que recopiló y conservó muchos escritos cristianos antiguos que de otro modo se hubieran perdido. No obstante, la utilización de estos escritores posteriores o fuentes fragmentarias requiere que estemos atentos a asuntos tales como la fiabilidad histórica y la cronología. Por ejemplo, Eusebio frecuentemente retrotrae aspectos de la organización, el pensamiento o la tradición cristiana que se habían desarrollado en su época al período antiguo, cuando aún no existían. Por lo tanto, estas fuentes escritas, aunque son valiosas, deben usarse con cautela, al igual que nuestras fuentes más antiguas.

Dentro del marco generacional de conjunto también he intentado proceder más o menos cronológicamente, al mismo tiempo que he mantenido conjuntamente los materiales afines o los desarrollos regionales. En ocasiones, sobre todo en las partes cuarta y quinta, esto implica que en un determinado capítulo seguiremos una trayectoria del desarrollo que nos llevará hacia delante; en algunos casos, tal vez, hasta la siguiente generación. En el capítulo posterior, por tanto, volveremos un poco hacia atrás en nuestros pasos para retomar una línea paralela de desarrollo relativa a un aspecto diferente. Por esta razón, he mantenido, en general, la mayor parte de las cuestiones relativas a la organización institucional emergente de la Iglesia en la parte cuarta, mientras que he tratado la mayoría de los asuntos relativos a la canonización de las escrituras en la parte quinta, aun cuando ambas cuestiones tienden un puente entre la tercera y la cuarta generaciones.